

*Thémata. Revista de Filosofía. Número 45. 2012*

## LA HISTORIA DE LA MEDICINA Y DE LA ENFERMEDAD: METÁFORAS DEL CUERPO Y DE LAS INSTITUCIONES. DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO XIX

Natalia Fernández Díaz, Universidad Autónoma de Barcelona.

**Resumen:** La historia de la medicina –y también de la enfermedad– se ha explicado a menudo a través de metáforas de toda naturaleza –alegorías, connotaciones, analogías, etc.– que hoy están absolutamente integradas en nuestros discursos. En este artículo trataremos de comprender el origen de las metáforas ontológicas, mecánicas y espaciales.

**Abstract:** The history of medicine –and even of disease– has been frequently explained through metaphors of all kind –allegories, connotations, analogies, etc.–. They are absolutely integrated in our current discourses. The purpose of this article is an approach for a better understanding of the origin of ontological, mechanical and spatial metaphors.

### *Introducción*

Valga empezar con una aclaración: vamos a utilizar la idea de metáfora en un sentido amplio y generoso, que abarca tanto la metáfora en sí (donde la ruptura del lenguaje y la nueva idea surgen a partir de la semejanza), la sinécdoque (donde surge por conexión) o la metonimia (donde surge por correspondencia), ateniéndonos a la clasificación que Mortara Garavelli hace a propósito de este tema,<sup>1</sup> que a su vez se basa en las tesis de Fontanier. Aunque nuestro enfoque justamente hace que la metáfora como fenómeno cognitivo choque frontalmente con la tendencia a considerar la metáfora un simple tropo lingüístico, entendemos que esa clasificación y los criterios a los que se acoge (de relación recíproca), serán de utilidad en nuestra investigación, por cuanto las ideas de semejanza, conexión, asociación, analogía o correspondencia están omnipresentes y merecerán más de un análisis detallado.

La historia de la ciencia –y por ende, de la medicina y de la enfermedad– está llena de metáforas, o más bien de construcciones metafóricas, que han conseguido no sólo subsistir hasta nuestros días, sino incluso residir en nuestras percepciones y en nuestros conceptos actuales. Aquí veremos algunos ejemplos.

Quizá el más extendido sea *La dualidad del bien y el mal, o el caos y el orden*: en las culturas antiguas, el universo físico es un campo de batalla entre el bien y el mal (Davis, 1993)<sup>2</sup>. La antigua concepción de salud entre los griegos, sin ir más lejos, consistía en el perfecto equilibrio o mezcla de los humores o elementos

1 Mortara Garavelli, B. (1988): *Manual de retórica*. Madrid: Cátedra.

2 Davies, P.C.W (1993): “El caos”, en *Imágenes y metáforas de la ciencia*, de Lorena Preta (ed.), Madrid, Alianza Editorial.

constitutivos del cuerpo (Dubos, 1959).<sup>3</sup> El bien es orden y armonía, el mal es desorden, fragmentación y destrucción. El universo atomista de Newton presenta un universo que se rige de acuerdo a unas leyes fijas, eternas e inmutables. Además no faltaba quien añadía que el orden era la belleza. En estas correspondencias binómicas habría que insertar la separación alma (lo bueno, lo inmortal, lo divino) y el cuerpo (lo perverso o expuesto a perversión, lo humano, lo perecedero, lo animal, y también, cómo no, lo vulnerable).

Otra idea que se convierte en substrato de metáfora es *El universo y el ser humano como máquinas*: el mundo “exterior”, según la filosofía mecanicista, era una máquina, y dentro de él, el ser humano, otra máquina. Tuvieron que pasar muchos siglos para que ese modelo entrara en crisis. Pero Kepler y Galileo apenas han hecho mella en la inquebrantable parcela de las ideas dominantes: seguimos fascinados por las máquinas, por ser como máquinas gracias a productos prodigiosos y a entrenamientos físicos extenuantes. Añoramos un futuro de máquinas perfectas. En realidad, aquí entran en pugna dos modelos. Por un lado el de Montaigne, que aboga por el conocimiento de uno mismo, que incluye obviamente el propio cuerpo, frente a las tesis que empiezan a larvarse a partir de la irrupción de la anatomía en las aulas y en los foros sociales, que convierten al cuerpo en objeto de conocimiento, cada vez más accesible al especialista y ajeno al sujeto que lo posee (Dubos, 1959)<sup>4</sup>.

Por último, la historia de la medicina en su totalidad y su complejidad se apoya en la metáfora por excelencia: el concepto de evolución. Stephen Jay Gould sostiene que Charles Darwin fue un maestro de la metáfora. Y es que como metáfora, y no de otro modo, se entiende el sentido de la evolución, que hoy todo lo impregna, y que se acerca al sentido cultural que el tiempo tiene –las metáforas sirven de confirmación– en nuestras sociedades, desde hace casi dos siglos (Jay Gould, 1993)<sup>5</sup>. “El tiempo fluye” es una metáfora de la idea evolutiva, según la cual el tiempo tiene un sentido de avance –una aspiración constante de la ciencia y de la tecnología–, que nos va madurando, que nos hace más perfectos. Dentro de las ideas de Hall acerca de la subsistencia tendríamos las tesis de la selección natural y la lucha por la existencia (Hall, 1990)<sup>6</sup>. Por otro lado, confirmamos la importancia de la categoría cultural “tiempo” también propuesta por Hall: en Occidente, “tiempo” tiene tal sentido de avance que vivimos instalados en el futuro, algo que ha sido posible gracias a la operatividad de los discursos científicos en la vida cotidiana (Hall, 1990)<sup>7</sup>.

3 Dubos, R. (1959): *The mirage of health*. Nueva York: Harper & Brothers.

4 Dubos, R. (1959): *The mirage of health*. Nueva York: Harper & Brothers.

5 Jay Gould, S. (1993): “Neumáticos para sandalias”, en *Imágenes y metáforas de la ciencia*, compilado por Lorena Preta. Madrid: Alianza Editorial.

6 Hall, E. (1990): *The silent language*. Londres: Anchor Books.

7 Ibid.

## **1. Medicina y Medievo**

En la Edad Media existe un vínculo estrecho e indisoluble entre religión y medicina. En no pocas ocasiones ha sido la propia Iglesia, en Occidente, la que boicoteaba la capacidad de intervención de la medicina. No podía ser de otro modo en un entorno en que lo divino regulaba lo humano<sup>8</sup>. Además del hecho de que durante mucho tiempo los clérigos y otro personal eclesiástico eran los únicos iniciados para intervenir en las curaciones –recordemos, a modo de ejemplo, los exorcismos practicados a los epilépticos, a quienes se consideraba poseídos por el mal–.

Hilary Putnam explica cómo la palabra “influenza”, de origen italiano pero vigente en el inglés actual e incluso en ciertas zonas en que se habla castellano, para designar al resfriado común, tiene su génesis en la idea medieval de “las fuerzas malignas” (Putnam, 1981)<sup>9</sup>. Desde la antigüedad la enfermedad está rodeada del misterio de los males que azotan al ser humano, que se instala en la mente o en el cuerpo, y que hay que expulsar por los medios más diversos (Frazer, 1984)<sup>10</sup>. De ahí el pensamiento metafórico recurrente que asocia enfermedad y males sociales.

Cada órgano del cuerpo se ofrendaba a un santo en particular y ése era el “mapa anatómico” aceptado sin fisuras, aunque este esquema convivía con el de los arcanos, en que cada signo zodiacal regía una parte del cuerpo. Esa visión astrológica del cuerpo y sus cuidados permanece hasta nuestros días, en una zona de superstición, jalonada de metáforas, no superada. El cuerpo era un espacio tabulado, la existencia –recordemos las tesis de Auguste Comte- se creía gobernada por analogías organicistas y por la metáfora del cuerpo social (todo acontecer del cuerpo era trasladable o traducible en la realidad externa). La normalidad (que se hace tipología y valor culturales) y la patología asientan el binomio principal, y el eje conceptual que dicta leyes sociales análogas a las leyes que rigen el cuerpo. Las perturbaciones no son otra cosa, en ese contexto, que la pérdida o la quiebra de la armonía.

### **1.1. La Edad Media y la eclosión urbanística**

La expansión urbana de la última Edad Media hace que los cargos médicos sean cada vez más públicos. Al mismo tiempo, esa misma expansión supuso el advenimiento de nuevos problemas, como la contaminación de agua o alimento, con lo se empezaron las primeras grandes obras de canalización de aguas. Detrás de esta maquinación de la infraestructura hay una metáfora de origen holístico:

8 Porter, R. (1999): *The greatest benefit to mankind. A medical history of humanity from antiquity to the present*. Londres: Fontana Press.

9 Putnam, H. (1981): *Reason, truth and history*. Cambridge: Cambridge University Press.

10 Frazer, J.G. (1984): *La rama dorada*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

la pureza del agua o el proceso de purificación a través del agua (Frazer, 1984)<sup>11</sup>. El agua es milagrosa y aleja al mal.

Pero la institucionalización por excelencia de los espacios para reclusión de enfermos lo constituyen sin lugar a dudas los leprosarios. Ninguna otra enfermedad alcanzó las cotas de miedo social y estigmatización como la lepra en aquel momento. Se prohibió el contacto con los enfermos y se procedió, conforme a decretos levíticos<sup>12</sup>, a brutales y sistemáticos rituales de exclusión. Los enfermos eran “muertos entre los vivos”. El miedo le dio forma decisiva a la aceptación de la enfermedad como espacio de reclusión. Había que aislar el mal –aislar, en definitiva, a quienes eran sus portadores y emisarios-. Por eso se concentraban esfuerzos en algunas prácticas con el objetivo de expulsar el mal o, en su defecto, traspasarlo (Frazer, 1984)<sup>13</sup>.

### ***1.3. ¿Es nuestra historia, como dice Lacan, la historia de las epidemias?***

Otro efecto similar es el que producen las epidemias, entre las que sin duda ocupa un lugar preeminente la peste negra, que se calcula que ocasionó la muerte de unos 20 millones de personas en 3 años, durante el siglo XIV. Cuando la muerte se extendió entre los tártaros –se cree que el origen de la peste era asiático– empezaron a sepultar los cuerpos fuera de los muros de la ciudad, con lo cual la peste se extendía a otras áreas. Al tratar de escapar de ella, se la llevaban con ellos a otros asentamientos por el Mediterráneo. Ciudades enteras se despoblaron y en algunas, como en el caso de Florencia, el descenso de la población llegó al 60%<sup>14</sup>. Por supuesto que las primeras explicaciones a esta catástrofe demográfica son de índole religiosa: Dios había enviado esa peste para castigar a los humanos por sus pecados. Por lo tanto las soluciones dependían del rezo y de la magnitud de la fe. A esos actos además se podían sumar otros de naturaleza más higiénica, como las hierbas aromáticas para “limpiar” el ambiente y otro tipo de ungüentos olorosos que parecían exorcizar los fatales efectos del bacilo *Yersinia Pestis*.

#### ***1.3.1. Las grandes epidemias y la gestión de espacios***

Tanto en los casos de la lepra como en los de las grandes pestes vemos que las metáforas asociadas al espacio –a la vivencia socio-cultural y personal de los espacios– son de importancia capital. Tal era la convicción de que la enfermedad era un ente externo, un ser maligno que castigaba a los seres humanos por mandato divino, que la forma de protegerse o de combatirlo era alterando y re-negociando los espacios. Así, la idea de aislamiento, que es posterior a esa época, o la de la huida, que caracteriza al azote de las pestes europeas, son maneras de

11 Frazer, J.G. (1984): *La rama dorada*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

12 Porter (ver nota 8).

13 Frazer, J.G. (1984): *La rama dorada*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

14 Porter (ver nota 8).

vivenciar metafóricamente los espacios. La huida supone la distancia, y una connotación subyacente de cantidad: a más distancia, menos posibilidades de contagio. El cuerpo es otro espacio, incómodo y desazonador cuando ha perdido la vida a causa de una enfermedad temible. Por eso se deshacen de los cadáveres lanzándolos al otro lado de los muros de la ciudad. El muro es protector, en un sentido, para ellos, tan literal como metafórico. Cuando cambia la estrategia de la huida por la reclusión, se generan nuevas ideas del espacio y con ellas, las perennes analogías que se establecen entre la enfermedad y la reclusión carcelaria.

Ivan Illich denuncia estas políticas de aislamiento que se mantienen hasta nuestros días (pasando una época esplendorosa a finales del XIX y principios del XX gracias a los balnearios especialmente pensados para dejar morir a los tísicos y volviendo tener un repunte en nuestros días, añadimos nosotros, por efecto del envejecimiento de la población y el surgimiento de los geriátricos donde se amontona esa gente desahuciada por una sociedad que considera de modo creciente el envejecimiento como una enfermedad), y ello se debe a que es más fácil aislar al enfermo que crear en la sociedad una mayor tolerancia a la molestia y al sufrimiento (Illich, 1977)<sup>15</sup>. En otras palabras: en la Edad Media, durante la incidencia de las pestes masivas, quienes estaban en condiciones de hacerlo, se desplazaban a zonas no infectadas. La movilidad era el rasgo de la población: emigrar, ponerse a salvo, aislarse. El Decamerón da buena cuenta de ello. Justamente la morfología del entretenimiento social cambia a partir de los desplazados por la peste: al prohibirse el ocio colectivo, surge el ocio privado, como la música de cámara, para satisfacción del monarca, ajeno a las penurias del pueblo. A partir del siglo XVIII, a partir de la Revolución Francesa, se aísla al enfermo, no a la población. Se aísla la anomalía. Justo en un momento en que los médicos sustituyen a los sacerdotes y se vivía instalado en la convicción de que gracias a los cambios políticos era posible volver a un estado de salud primigenio. La enfermedad se politizaba y, por lo tanto, se encuadraba de lleno en los asuntos públicos.

## **2. La entrada en la modernidad**

El salto de la Edad Media al Renacimiento se produce, como ya dijimos, cuando se pasó de las teorías de Montaigne de que “ningún experto conoce mi cuerpo como yo mismo” a las tesis que surgieron por un lado de la anatomía aplicada y por otro del cartesianismo. El sueño de que el ser humano fuera un autómatas, como escalafón último en una escala que empezó con el uso de cada parte del cuerpo humano como instrumento. El cuerpo como un reloj, esa maquinaria perfecta gestada en los monasterios y que nos permitía un control y un entendimiento sobre las regularidades del tiempo (Mumford, 1971)<sup>16</sup>.

15 Illich, I. (1977): *Medical Nemesis*. Nueva York: Bantam Books.

16 Mumford, L. (1971): *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza Editorial.

El Renacimiento viene marcado por la llegada de Colón a América y el inevitable trasvase de enfermedades, sobre todo del Viejo al Nuevo Mundo. La enfermedad estrella de la época fue la sífilis, que en España se conoció como “el mal francés”, en Francia como “el mal napolitano” y en Nápoles como “el mal español”.<sup>17</sup> Por lo demás el Renacimiento exalta las formas de la anatomía humana –tenemos un buen legado de pintores y filósofos, no sólo de expertos anatomistas, que dejan su testimonio al respecto- y con ello se constituye el punto de partida de una medicina humanista. Se empieza a extender la práctica de la disección.

En lo que respecta al cuerpo y la corporalidad las ideas dominantes eran las que sostenían que el cuerpo es el cuerpo, y que en nada se distinguía nuestro cuerpo del de cualquier otra bestia, y que lo único que nos humanizaba era el alma racional. Es decir, el mundo estaba poblado por ángeles o bestias. Por eso, tal vez, cuando en esos años surgieron las primeras disecciones no pasaban de ser un entretenido y más o menos instructivo espectáculo público. La idea de la anatomía, por cierto, nos explica Porter<sup>18</sup>, se convierte en una metáfora médica, y pone, a modo de ejemplo, el famoso tratado de Robert Burton, “Anatomía de la melancolía”, aparecido a principios del siglo XVII.

Querriamos destacar dos aspectos de ese periodo. Uno atañe a los prejuicios acerca de la salud mental; el otro, al inquietante mundo de los fármacos y la química. Sobre el primero, cabe señalar que corrientes como el misticismo o el propio humanismo ponen en el punto de mira la mente humana y con ella, sus desórdenes. Pero no olvidemos que el mundo seguía dividido binómicamente en malos y buenos, y que una fuerza divina se encargaba de gestionar las maldades y las bondades desde el más allá. En definitiva –y ahí tenemos los emblemáticos escritos de Montaigne para confirmarlo- la mente es una prisionera del cuerpo, una metáfora antigua, pero tan contundente que sigue teniendo el mismo vigor ahora que entonces, como tendremos ocasión de comprobar con más detalle. No era extraño que quien sufría problemas familiares, penurias económicas o tormentos religiosos creyera de sí mismo que estaba embrujado. Y para ello la Iglesia había ideado un libro de poseídos. De este modo, las depresiones profundas pasaban al interminable inventario de las hazañas del demonio. El mensaje generalizado era ejercer la templanza.

Un caso aparte en el periodo renacentista lo constituye sin lugar a dudas Paracelso, cuya vida transcurre desde finales del siglo XV a principios del siglo XVI. Paracelso tiene un concepto de una naturaleza dominante, frente a la cual el curador no puede sino obedecer. Otra metáfora curiosa, la de la naturaleza como poder y encarnación de la voluntad de dios, y los seres humanos como dominados y sujetos a los designios de una inteligencia superior. Implementa la química como la clave que permite explicar el funcionamiento humano.

17 Segura Benedicto, A; Hernández Aguado, I; Álvarez Dardet-Díaz, C. (1991): *Epidemiología y prevención de las enfermedades de transmisión sexual*. Madrid: Fundación Universidad Empresa.

18 Porter, R. (1999): *The greatest benefit to mankind. A medical history of humanity from antiquity to the present*. Londres: Fontana Press.

Y precisamente la química, la aplicación de la química, vive un momento glorioso en el terreno de los medicamentos y las curaciones, que permiten que la medicina abandone las hasta entonces intocadas teorías humorianas para decantarse por una visión más ontológica de las enfermedades. Para Descartes la medicina era la puerta de acceso al mundo natural. La mente y la materia eran inconmensurables. La materia era extensa, corpuscular y cuantificable, y la mente o alma era insustancial e inmortal, la fuente de la conciencia<sup>19</sup>.

Sin embargo, lo que estaba por venir sí supuso un cambio significativo en el terreno de los fármacos: el descubrimiento de América, puesto que es verdad que América fue, en el sentido más literal, un hallazgo, gracias al cual sus hierbas y sus plantas engrosaron notablemente los magros botiquines europeos.

### **2.1. La revolución de revoluciones**

Parece ya algo aceptado y comprobado que es a partir de la Revolución Francesa cuando, en el mundo occidental, se cambia al clérigo por el médico, y por añadidura, es cuando entra en acción el Estado, velando por el bienestar generalizado e impartiendo doctrina para garantizar la salud de la población. Este proceso sustitutorio<sup>20</sup> contiene en sí mismo una metáfora, que hace que tanto el clérigo como el galeno ocupen jerarquías idénticas en virtud del valor que la metáfora imprime implícitamente: los seres humanos necesitan, sea para el bienestar personal, sea para el bienestar social, un sanador. Un sanador de almas, como el clérigo. Un sanador de cuerpos, como el médico. De tal manera es así que las consecuencias son las mismas y esa substitución, ese matiz, es el que acaba permitiendo desarrollar una idea individualizada del enfermo que llega hasta nuestros días: la responsabilidad es una cuestión personal (frente al triunfo terapéutico, que es colectivo). Pero inmediatamente después de la Revolución Francesa, que sin duda constituye un punto de inflexión, hubo hechos que, siendo

19 Porter, R. (1999): *The greatest benefit to mankind. A medical history of humanity from antiquity to the present*. Londres: Fontana Press.

20 Josep A. Rodríguez nos explica el esfuerzo que los médicos, entendidos en su conjunto como clase o casta, han venido haciendo de manera sistemática desde la Edad Media por diferenciarse de brujos, curanderos y demás hechiceros portentosos. Rodríguez, Josep A (1979): *Sociología de los ambulatorios: Análisis de la Asistencia Sanitaria Primaria de la Seguridad Social*. Barcelona, Ariel.

Ya antes que él, un teórico clásico de la antropología sanitaria, Eliott Friedson, preconizaba que la diferenciación entre médicos y curanderos terminó por favorecer a la clase médica, con una serie de protecciones, reconocimientos y prebendas por parte del estado, algo que se consolida plenamente con el advenimiento del capitalismo, de tal suerte que el estado no sólo les otorga autonomía y poder, sino que se acaban convirtiendo en vehículos ideológicos del propio estado, en una doble dimensión: por un lado aplicando las nociones del estado respecto a la salud, y por otro influyendo en las ideas que el estado tiene de lo que es normal y de lo que no lo es. Friedson, E (1978): *La profesión médica: un estudio de sociología del conocimiento aplicado*. Barcelona, Península.

o no puntos concluyentes, deben ser hitos sobre los que nos detengamos para entender la idea del enfermo como transgresor de unas normas, de una idea de normalidad.

### **3. Lo que el capitalismo trajo a nuestras vidas**

El siglo XIX se caracteriza por el surgimiento de una industria farmacéutica y de laboratorio, sobre todo en Alemania, aunque se aplicó especialmente en Francia. La medicina deviene comercial. La medicina regular buscaba ser un negocio próspero.

La explosión demográfica trajo consigo nuevos problemas de salud. La enfermedad por excelencia fue la tuberculosis, que no era nueva realmente, pero que adquirió proporciones dramáticas en ese tiempo. Otras fiebres urbanas propias de esa época fueron la escarlatina y la difteria. Las cuarentenas adquieren tintes de políticas paliativas. Y empieza el auge de la higiene al asociarse enfermedad y pobreza. Las epidemias, se empezó ya a decir tímidamente entonces, afecta a los grupos oprimidos. Y nunca adquirió mayor fuerza la metáfora de los males sociales como epidemias<sup>21</sup>. La respuesta no es, pues, la medicina, sino la medicina política: educación, libertad y prosperidad. La enfermedad se curaba con la democracia, lo que establece una simbiosis entre ciencia e industria. El cáncer, aún excluido del grueso de nuestras vidas, se ve como una enfermedad moderna, americana, producto de aquellos que tienen una “personalidad cancerosa”, que reprime y acumula frustraciones. No perdamos de vista que la medicina hipocrática atribuía los tumores a una secreción humoral anormal.

En el siglo XIX, en plena revolución industrial y gracias al empuje positivista, quedaba claro que la anomalía biológica corría paralela con la anomalía moral. Otra visión metafórica. Se instaura una medicina correctiva y directamente mutilante. La economía de las clases pujantes permite, no obstante, que cierto tipo de pacientes se pueda recluir en cómodos balnearios que, si bien geográfica y simbólicamente aislados, no tenían nada que ver con las leproserías medievales, donde se iba con la enfermedad y sus estigmas a cuestras, o los hospitales dieciochescos, los llamados lazaretos, donde se iba para morir. En esa evolución de la vivencia de las enfermedades cabe un matiz, que tiene que ver con la introducción de lo público, puesto que en el siglo XIX, o ya incluso a finales del XVIII, se desarrolla una visión de lo público, o más específicamente de los trabajadores, aquello que constituía nuevos espacios y géneros de trabajo. Nótese que ese salto a lo público –antes lo único que era público era la lucha, normalmente perdida de antemano, contra las epidemias– es uno de los elementos que, paradójicamente, va a poder hacer posible el reparto de las

21 Hasta comienzos del siglo XX las metáforas para hablar de los daños sociales o morales se basaban en la idea de la epidemia o del cólera, algo que cambia totalmente a lo largo de siglo XX, en que el perjuicio y las perversiones morales o sociales se asocian con el cáncer [*Boletín 73* (1993). Madrid: Real Academia Española].



culpabilidades individuales, abriendo así amplios márgenes de causalidades que se pueden, y se deben, explicar.

Por todo lo expuesto, parece claro que no es descabellado afirmar que somos herederos, y beneficiarios ideológicos, de una serie de ideas metafóricas sobre la salud y la enfermedad, que arrancan, en ocasiones, desde los orígenes del ser humano. El desgaste de tales constructos metafóricos, el lastre generado por su uso, ha hecho que se pierdan de vista sus contornos decididamente metafóricos. Al acercarlos al microscopio de la actualidad percibimos aquellas partículas relacionadas con las creencias y los miedos de los que emergieron. Separarlos de nuestros discursos aceptados para retomarlos al trasluz del extrañamiento y la complejidad es lo que ha pretendido este ejercicio de revisión histórica.

Natalia Fernández Díaz,  
Doctor Cadevall, 17, 2-3,  
08041 Barcelona.  
nataliafdezdiaz@yahoo.es